
Abre la ventana

Maira Cabrera Gaitán

Licenciada en psicología. Docente y orientadora de la Escuela Secundaria General núm. 87 “Juan Rulfo”, colonia el Sauz, Guadalajara, Jalisco.
mairafinisima@gmail.com

El recreo es una escena tan dinámica y viva, que contemplar todos sus momentos es como leer varias historietas animadas a la vez. Cuando estaba en kínder, solía sentarme en una banca que me parecía interminable y alta, me gustaba estar ahí, por dos cosas, primero, porque estaba cerca de la capilla y eso me daba seguridad, debido a que pensaba que Diosito estaba justo ahí (ya más tarde me concienticé de eso) y segundo, porque desde ahí, veía una puerta en forma de arco, con una pequeña ventana de cristal grueso y opaco, la cual nos separaba, supongo por seguridad, de los patios para alumnos más grandes; esa entrada me parecía espectacular porque por ahí llegaban personajes no habituales, algunas mamás en busca de sus hijos, que por su expresión se podían clasificar en, la que llamaron porque que se cayó el niño, que se enfermó o el que se portó mal, con el propósito común de hablar con las maestras. También algunos hermanos mayores nos visitaban para darnos algunas monedas o comida. En especial recuerdo la hermana de un niño que se puso fúrico al grado que rompió el cristal con el puño porque se quería ir con ella, me pareció una conducta muy distinta a la mayoría, en él pude observar las mejillas rojas, los dientes apretados y la nariz con un guiño muy marcado, estaba como el hombre verde –pensé, su mirada se veía sólo hacia un punto, pude ver, cómo a pesar de una herida ensangrentada y profunda, lloraba entre gruñidos, más por rabia que por dolor, a él ya lo había visto en otras ocasiones con esa característica falta de regulación, solía ser el victimario de otros niños tan introvertidos y solitarios como yo, sin embargo, la que acaparó mi atención está vez fue la hermana, quien reaccionó, todo el tiempo calmada, afrontando la tempestad con toda prudencia, me pareció que ni un cabello se hubiese salido de su coleta,

afrontó el forcejeo entre la maestra y su hermano, tratando de tranquilizarlo, su mirada estaba puesta en el rostro desorbitado del niño, a quien trataba de tomar por los hombros y tocando su pecho con la palma de su mano, como una invitación a respirar, cuando vió tamaña cortada y sólo entonces, expresó con temple, a la docente pidiera ayuda, mientras se quitó su suéter tinto para tratar de envolver el brazo de su hermanito, su único propósito, todo el tiempo se evocó a calmarlo y socorrerlo.

Todos los días a la salida del colegio nos cruzábamos al consultorio de mi papá, entre paciente y paciente, le platicaba lo más importante de mi día, esa ocasión sólo pasaba por mi cabeza esa escena, la reacción del niño quien caprichosamente quería cruzar el semicírculo de cristal y su hermana haciéndolo entrar en razón con esa intervención en crisis, a la que hoy nombro empatía.

Mi hermana del segundo patio, también llegó a visitarme algunas veces, el recuerdo más nítido fue a causa de un niño bully que le ponía apodosos y la hacía llorar por lo que pidió ir conmigo.

En general, me gustaba estar sola, me parecía que el tiempo me rendía más, a veces contemplaba las hormigas, recuerdo hacer en mi mente algunas preguntas y afirmaciones como: ‘las rojas que pican son malas, sin embargo, entre ellas se ayudan, son muy fuertes’, luego, ‘las negras son ordenadas, veloces y silenciosas, seguro Dios las hizo, por eso se meten a la capilla’. También observaba rondas de niños entrelazando sus pequeñas manos, dirigidos por la maestra Angélica, (me gustaba pasar desapercibida, para que no me invitaran a jugar con ellos), otra tribu probaba habilidades de rapidez, equilibrio y un sinnúmero de destrezas, (de esos había que cuidarse porque sin querer podían tirar tu agua o sándwich), mientras que unos solían platicar en un rincón, compartiendo lo que encontraban en sus loncheras (en esta época, y en la escuela dónde laboro, esta especie está en peligro de extinción, porque cada vez más mamás trabajan, les dan dinero para comprar o, de plano, porque no hay ni para eso).

Ahora como maestra tengo la fortuna de seguir gozando el recreo y cuando suena el timbre, abro la puerta o miro por la ventana, ya con la conciencia, propósito y empatía que la psicología me ha com-

plementado, soy testigo de las historias que se tejen de grandes alumnos que han pasado por los patios, escenario de tantas obras.

En particular por esa ventana, tan pronto se escuchaba el timbre del recreo, solían asomarse unos grandes y redondos ojos, con sobrepoblación de pestañas, tan chiquito que tenía que pegar un brinco para poder alcanzarme a ver, y luego de que coincidimos la mirada, con una sonora risita se iba corriendo sin parar el muy travieso, sin duda alguna, había una conducta peculiar y tarde o temprano, el más chaparrito de primero de secundaria, sería derivado conmigo a Orientación educativa, pensé y así fue, prefectura me dió parte de la queja de algunos maestros, la cual en resumen se podría clasificar en los tres grandes pilares del TDAH, inatención, hiperactividad e impulsividad. Para realizar un buen diagnóstico nosológico, cité a su mamá y me dijo que el pequeño tenía un cuate, que por cierto, dijo ella, era el gemelo tranquilo, con el fin de abrir el panorama y ganar empatía, inicié también algunas entrevistas con Pedrín quien me confirmó la aseveración de la señora, un niño racional, tranquilo y ecuánime, además de sobresaliente en su grupo, mientras que al aplicar una batería psicométrica muy básica con Serhat me corroboró con su lenguaje corporal su hipermotricidad, sus pequeños lapsos de atención terminaban con franco y expreso aburrimiento, luego de un corto rato intentaba voltear la entrevista, la cual tenía que redirigir más de una vez.

Entre las vivencias que los hermanos preadolescentes me platicaron, cada uno, con su perspectiva, pude darme cuenta que en su primera infancia, un tío con discapacidad en sus piernas los cuidaba, que el padre era alcohólico y que algunas veces Serhat era su lazarillo, lo había enseñado a manejar con ese fin, pequeño chofer designado, que ya empezaba a probar cerveza...

Una de las tareas que le dejé, fue asistir a un doble AA, le dicté algunas preguntas, que haría a uno de los asistentes, el resultado obtenido, –me lo narró la siguiente vez, el señor qué le respondió las preguntas le dijo que había iniciado a tomar por curiosidad, justo a la edad de él, que su padre también lo hacía y que ya no había podido salir ileso de esta situación, Serhat me dijo que le pareció conocido ese relato y entendió mi cometido.

Para hacer la remisión le expliqué a su mamá que un Déficit de Atención no tratado, sumado a una área familiar cercana a problemas sociales puede convertirse tarde o temprano en una adicción, o un problema mayor con conductas desafiantes y oposicionismo. Convencida la señora responsable fue al hospital, para que su hijo fuera tratado por un neuropediatra.

La conducta de Serhat mejoró así como su desempeño escolar, sin embargo, meses después, mi compañera de trabajo social me hizo saber que el chico había incurrido en una falta de disciplina muy grave, una madre de familia muy molesta “denunció”, que su niña abrumada le había contado que él se había exhibido ante ella, no me cuadraba de momento que él pudiese llegar a esto, mucho menos veía en el rostro de la niña algo construido; por falta de control de impulsos, buscaba yo la causa, hablé con Serhat, apaciblemente me dijo que sí lo había hecho, y no leía yo en él vergüenza, ni culpa, revise su historial entre las entrevistas con Pedrín y había subrayado que estuvieron al cuidado de un tío así que decidí profundizar en ese dato, fue entonces que el gemelito, me contó que el adulto les expresaba afecto con caricias en sus piernas, ya que él no sentía, les mostraba como no podía moverse y era la persona más cercana que ellos tenían en esa etapa de su vida, puesto que sus padres trabajaban todo el tiempo.

El director me dió la instrucción firme y clara de que Serhat no podía estar más en la escuela, no era mi papel dar de baja, sin embargo, no podíamos dejar pasar algo así, menos con la presión de los padres de la alumna. Cité a la madre de familia y le comenté los hechos, mencioné el tema del tío que describió Pedrín, ella cambió su expresión, sus ojos voltearon de lado y hacia arriba, rebobinando en su mente hechos con su hermano, con el que decidió más nunca acercarse, porque quiso comprobar con ella si tenía sensación alguna, todo cuadró entonces, Serhat tenía un vago recuerdo y su actitud era algo aprendido.

En la última entrevista, los gemelos y su mamá reconstruyeron el recuerdo y enlazamos la conducta inapropiada del preadolescente con las que su familiar había ejercido en ellos, para concientizar que no eran normales ni apropiadas, entonces le dije que tenía que aplicar el

reglamento escolar, pero que no quería marcar para mal su vida, sino que el cambio de escuela, fuera un parteaguas para que él pudiese mejorar, que me hubiera gustado ser testigo de todos los logros que él tendría.

Hay otro tipo de ventanas en nuestro mundo ahora, la tecnología nos da la oportunidad con las redes sociales, de abrirlas, y efectivamente he sido testigo del parteaguas en Serhat, quien a través de mensajes me va compartiendo sus logros y éxitos, su licenciatura, su maestría, su matrimonio (una muy linda familia), su primer casa y el apoyo que ha brindado a sus padres.

Compartirte las vivencias de este singular y exitoso alumno, es una invitación para que abras tu ventana y veas el panorama real de las vidas de cada uno de los niños que juegan en el patio, en sus caras y expresiones encontrarás la forma de iluminar su camino, tu empatía y paz, pueden cambiar con pequeños destellos su rumbo.